

Domingo XVIII durante el Tiempo Ordinario.

Si recuerdas bien, la semana pasada dijimos que durante cinco domingos íbamos a reflexionar sobre la Eucaristía en nuestra vida, a partir del capítulo 6 de San Juan.

Después de las bendiciones que ofreció Jesús al alimentar a una multitud con el Pan nuevo, al día siguiente, la gente lo busca de nuevo y Jesús los enfrenta (Jn. 6,24-35) para ayudarles a crecer en su fe. “Ustedes me buscan porque han comido de los panes y quedaron saciados”. ¿Me buscan, entonces, por el pan material, por el comer sin esfuerzo, o por lo que yo soy realmente? ¿Me buscan cada semana –nos pregunta hoy- por las bendiciones que les ofrezco cada día, o por lo que yo soy para ustedes? ¿Buscan los dones de Dios o al Dador de los dones? Madurar en la experiencia de la Eucaristía es, entonces, acudir a ella, no tanto por interés o por necesidad, sino por amor al mismo Señor, a quien recibimos en la Eucaristía.

Luego ofrece un criterio de vida y de acción que es fundamental: “Trabajen, no por el alimento que se acaba, sino por el alimento que permanece para vida eterna”. Y este alimento lo ofrece Jesús, enviado del Padre y marcado con el sello del Espíritu. Él es el púnico capaz de saciar el hambre de eternidad que está impreso en el corazón del hombre.

Esto da pie para acudir al texto del Éxodo (16,2-15), que escuchamos en la primera lectura de hoy. El pueblo murmuró contra Dios porque lo llevaba por el desierto de la historia, pero no le daba el alimento necesario para subsistir. Entonces, el Señor les dio “el maná”, una comida diaria que podían recoger en las mañanas y les servía de alimento. Este alimento era perecedero, pues se descomponía al final de la tarde, si no había sido consumido.

Frente a este pan, Dios quiere ahora ofrecernos un Pan nuevo, el Pan de Dios, que baja del cielo y da vida al mundo. Si el primer pan ayudó a sobrevivir en el desierto, este Pan nuevo nos ofrece la Vida verdadera y permanente, y calma el hambre de Dios que todos llevamos dentro. Por eso, las preguntas para nosotros son éstas: ¿Sabemos que la Eucaristía es ese Pan que alimenta y sacia? ¿Comemos semanalmente de este Pan para ser capaces de enfrentar la vida de cada día, con sus dificultades y problemas? ¿Asumimos la Eucaristía como ese Pan de Dios, alimento verdadero que plenifica y llena?

De ahí la respuesta de Jesús: “Trabajen, luchen por el alimento que perdura, dando Vida eterna”. Y ¿qué es luchar por tener, conocer y aprovechar la Eucaristía que se nos ofrece semanalmente? Pablo nos da la respuesta en la segunda lectura (Ef. 4,17-24) y nos ofrece dos actitudes básicas.

La primera es no vivir como viven los paganos o la mayoría de la gente en este mundo posmoderno en el que estamos sumergidos. Se dejan llevar por criterios vacíos, por una vida light, por maneras de actuar que no llenan la vida, sino la dejan cada vez más hueca y débil. El sexo sin amor, el orgullo, el interés personal, la búsqueda del placer y la vida fácil, el dinero, la ambición. “Nosotros, dice Pablo, no hemos aprendido eso de Cristo”.

Por el contrario, y tal es la segunda actitud, estamos llamados a renovar la mente y el corazón, abrírnos a la acción del Espíritu, para que él nos llene de su fuerza y su alegría, y revestirnos de una identidad nueva. Somos hijos de Dios, amados y elegidos suyos, alimentados con el Pan del cielo, testigos de Dios en medio del mundo. Sólo así podremos comer cada semana el Pan de Vida que nos ofrece Jesús y nos identifica con él.

De acuerdo con esto, analiza qué tienes que abandonar todavía en tu vida, para unirme más a Jesús y en qué tienes que tratar de identificarte a él para adquirir esa identidad nueva que construye en ti la Eucaristía. No sólo ser de Jesús, sino ser y actuar como Jesús, gracias al Pan del cielo que comemos y nos identifica con él.

P. CARLOS G. ÁLVAREZ cjm.